

El Pensamiento Religioso de Tolstoy

Así como es posible señalar grandes períodos de decadencia, sangrientos, pesimistas, revolucionarios o de prosperidad, la historia también registra épocas de gran efervescencia y creación espiritual. Sin duda alguna, el final del Imperio Romano y la gestación, en tiempos de Agustín de Hipona, de una nueva era, es uno de ellos. Después de turbulentos y decisivos concilios ecuménicos y gracias a la configuración de un nuevo aparato conceptual, el Mundo Antiguo se encaminó por la senda de la religiosidad cristiana. Por fin, después de varios siglos de descomposición social y de lucha ideológica, el hombre común podía vivir tranquilamente con una concepción del mundo sólidamente configurada y operativa. Es claro para todos, supongo, que ni la más perfecta de las ciencias habría podido desplazar en el siglo V de nuestra era al cristianismo triunfante. En él encarnaba la única concepción del mundo y de la vida auténticamente funcional, admisible, útil, una concepción para la cual estaban dadas las condiciones materiales e intelectuales. A partir de ese momento, el trabajo de artistas, pensadores, políticos, etc., cambió, en el sentido de que se le imprimió una dirección definida. La creatividad humana empezó a correr por cauces fijos pero claros. Una idea nueva se había apoderado del mundo y permeaba el todo de la vida humana: la idea de Dios y de Su Ciudad Eterna.

Sería desde luego interesante intentar determinar si una época así tiene algo en común con otros momentos similares de la historia de la humanidad. Pienso, por razones en las que no entraré aquí, que toda hipótesis que tendiera a darnos los rasgos comunes o “esenciales” de dichos períodos estaría *ab initio* destinada al fracaso. Cada período debe ser estudiado como una unidad irrepetible, autocontenida, *sui generis*. Empero, se pueden trazar paralelismos entre diversas épocas y aprovecharlos. Y pienso que es plausible sostener que hay otro período, relativamente fácil de delimitar, en el que, al igual que en tiempos de San Agustín, dos sistemas de vida diferentes parecen tocarse, un orden mundial totalmente descompuesto que poco a poco pero inevitablemente se desintegra, y otro, de fuerza incontenible, lleno de esperanzas, con una visión optimista, caracterizado por un sistema de verdades nuevas, que emerge de él. Me refiero al simultáneamente hermoso y odioso siglo XIX, siglo de transición, de ebullición y de convulsiones en prácticamente todos los dominios de la vida humana. Como corresponde a todo proceso histórico crucial, el parto decimonónico de la nueva época de estabilidad tuvo un costo humano sumamente elevado. La sociedad europea, impulsada por descubrimientos científicos aparentemente inocuos, como la máquina de vapor, y sacudida por el tremendo impacto derivado de la Revolución Francesa y el fenómeno napoleónico, evolucionó irresistiblemente hacia nuevas y más elevadas formaciones sociales, económicas y culturales. El único problema lo constituye su

pavoroso costo social: millones de niños, mujeres, hombres y ancianos fueron sistemáticamente sacrificados para hacer posible el progreso histórico. Muchos cayeron exánimes en el agotador trabajo de las minas, otros exhaustos en la embrutecedora e insalubre industria, en los astilleros o en el desamparo. Así es: el grandioso progreso europeo actual se funda, en última instancia, en el sacrificio realizado el siglo pasado por una gran parte de la población continental. Pocas cosas son tan dramáticas como el contraste entre la familia burguesa, bien alimentada y con la vida asegurada, y la famélica familia proletaria. En efecto, muy rápidamente después del derrumbe del *Ancien Régime*, a la manera de un célula que se reproduce, la sociedad se dividió básicamente en dos grandes grupos: el de los poseedores de los medios de producción y el de aquellos que lo único que tenían como mercancía era su fuerza de trabajo. La desproporción era atroz, pero el mundo tenía que seguir su marcha. Había, empero, almas sensibles para las cuales dicho contraste no podía pasar desapercibido, pero que tampoco podían ser testigos mudos de dicha realidad, de tal injusticia, de los horrores cotidianos del siglo en que vivían. Conscientes de que no podían, como individuos, hacer nada para modificar el mundo, aspiraron por lo menos a dejar plasmados en palabras su dolorosa experiencia y su rechazo moral. Salvo en el caso de hombres de energía e inteligencia superiores, como Karl Marx, lo único que podían hacer seres conscientes tanto del horror que presenciaban como de su incapacidad para anularlo era simplemente denunciar la crueldad del sistema, criticarlo, ridiculizarlo, tratar de escapar de él aunque fuera por la vía de la novela y la poesía. Y entonces, en medio de esa podredumbre social, de esos magníficos banquetes frente a niños muertos de hambre, surgió el arte romántico. No es por casualidad que al siglo XIX pertenecen lo que tal vez sean las páginas más conmovedoras de la literatura universal. El arte romántico, en efecto, no es sino una reacción de sensibilidad e inconformidad moral frente a un modo de vida en el que los individuos se veían forzados a vivir como Oliver Twist y Therèse Raquin, Nana o Goriot. En realidad, el héroe de la novela romántica del siglo XIX es simplemente el ciudadano de la época. Es de su vida, frustraciones e ilusiones que se nutrieron los Victor Hugo, los Zola, los Balzac o los Dickens para componer sus personajes. El siglo XIX es un siglo de dolor y de protesta por el dolorⁱ. Quizá no esté de más señalar que algo muy similar pasaba en un plano un poco más abstracto de pensamiento, en la filosofía. Trátese de Kierkegaard, de Schopenhauer o de Nietzsche, de lo que se trataba era siempre de salvar al individuo, ya fuera haciéndole entender que así es la vida o postulando mejores tipos humanos para el porvenir. Y de ese barullo incesante de recriminaciones, imprecaciones, lamentos y demás, que conforman la crítica literario-social de la época, brota y se deja oír una voz melodiosa, suave, con una tonada no tan nueva pero fresca: la del conde León Nicolaievich Tolstoy. Es de ella que habremos brevemente de ocuparnos ahora.

ⁱ No como en México, en donde frente al dolor de la población, sus “artistas” y sus intelectuales optan por la frivolidad, la seguridad personal y la indiferencia. Por eso México es, a finales del siglo XX, un país de espiritualidad casi nula.

¿Por qué, si Tolstoy no era estrictamente hablando un filósofo, podemos de todos modos hablar legítimamente de su “pensamiento religioso”? Es cierto que, además de sus escritos sobre los *Evangelios* y un hermoso libro sobre la no violencia intitulado, significativamente, ‘El Reino de Dios está en Nosotros’, ni en sus grandes novelas ni en sus cuentos ni en sus escritos auto-biográficos desarrolla Tolstoy un sistema ordenado de ideas y tesis. Si lo que alguien buscara en la obra de Tolstoy fuera un sistema filosófico o por lo menos una filosofía de la religión sistemáticamente presentada y bien argumentada, podemos asegurarle que no lo encontrará. Pero quizá ello se deba no tanto a que Tolstoy hubiera carecido de intuiciones geniales acerca de la vida religiosa sino más bien a que, mejor tal vez que nadie en su época y como muy pocos antes y después de él, Tolstoy había ya logrado aprehender algo esencial de la vida religiosa, algo que por carecer del instrumental conceptual adecuado ciertamente no habría podido enunciar. Ese algo es ni más ni menos que la idea de que la transmisión de pensamientos religiosos no puede lograrse por medio del modo usual, literal o directo de hablar. Pero antes de que nosotros nos adentremos en el terreno de la especulación acerca de la religión, sería conveniente verter algunas ideas sobre los rasgos distintivos del pensamiento tolstoyano.

Algo que llama la atención al leer a Tolstoy es que, a diferencia de lo que pasa con obras de otros autores, muchos de sus personajes parecen carecer de vida propia y haber sido contruidos tan sólo para poder expresar una idea religiosa importante. Trátase de un recurso literario que Tolstoy explota brillantemente. Y es precisamente a través de sus personajes que son abordados muchos temas relacionados con la religión. Por lo pronto, podemos distinguir tres grandes áreas de reflexión:

- a) la crítica a la religión institucionalizada
- b) una interpretación y defensa de Jesucristo y su enseñanza
- c) una intelección novedosa de la utilidad y el funcionamiento del lenguaje religioso.

La crítica de Tolstoy a las religiones oficiales, a las religiones de estado, se funda en un conocimiento de primera mano de lo que es su *modus operandi*. Desde muy temprana edad, Tolstoy entendió el papel retrógrada de los popes en la Rusia zarista, el dogmatismo irracional del papado, el parasitismo de las instituciones eclesiásticas, el cínico engaño y la permanente y despiadada explotación de almas ingenuas, de la gente sencilla que humildemente pide a Dios, a través de sus supuestos representantes en la Tierra, cosas tan simples y necesarias para la vida como que la cosecha sea buena, que no se le mueran los niños de frío o de hambre, que nos los castigue demasiado cruelmente el amo. Tolstoy percibió y exhibió el paradójico y grotesco espectáculo de la transformación del cristianismo, y ello por

parte de sus propios abanderados, en un auténtico sinsentido. La aversión por la hipocresía y la superflua pompa litúrgica fue denunciada en sus obras una y otra vez. La crítica tolstoyana a la religión como conglomerado de instituciones, edificios, ritos, prácticas mecanizadas y pagadas (bautizos, bodas, comuniones, confesiones, etc.), de hecho convirtieron a Tolstoy en un precursor del pensamiento libertario ruso. No podría sostenerse con plausibilidad que él habría aceptado la política staliniana de la conversión de las iglesias y templos en simples “museos de ateísmo”, pero sin llegar a esos extremos, la confabulación de la Iglesia Ortodoxa con la nobleza rusa era **demasiado** obvia como para que un hombre como Tolstoy no la detectara y criticara. Empero, lo más interesante de su ataque a la religión institucionalizada es que le permitió desenmascarar el fraude religioso cometido por ellas, esto es, la tergiversación del mensaje divino, así como la aniquilación de una forma de vida humana y su reemplazo por una mera parodia de ella.

Como algunos otros grandes herejes de la historia, Tolstoy contrasta el cristianismo oficial con la verdadera enseñanza de Cristo. Su gran aportación reside en su insistencia por “naturalizar” dicha enseñanza. No más verdades ininteligibles, no más misterios que no sirven más que para poner límites al funcionamiento de la inteligencia, no más pseudo-teoría cosmogónica. La religión, por lo menos la asociada con Cristo, no es una super-teoría acerca del universo, sino un modelo de vida, algo que fue elaborado para servirnos aquí y ahora. Tolstoy entendió, como lo hizo San Agustín, que no es posible eludir la terrible verdad de que la auténtica religión nos lleva inevitablemente por derroteros que no son los del éxito social, en toda la extensión de la expresión. Antes al contrario: la verdadera religión, debido al sentimiento de solidaridad y compasión que infunde por aquellos de nuestros congéneres que sufren, de manera natural nos aparta de la vida de lisonja, de las aspiraciones usuales de poder, riqueza o sensualidad a las que los humanos son tan proclives. Quizá podríamos decir que, en general, el adversario propio de la religión no son sino las eternas (y diabólicas) exigencias del *ego*. Es difícil no pensar que algo de eso tiene que ser cierto porque, en este punto, Tolstoy no hace más que repetir, sobre la base de un descubrimiento personal, una verdad enunciada ya muchas veces y compartida por los genuinos maestros religiosos de todos los tiempos.

La religión, por lo tanto, no es una teoría, sino un modo de vida. Ahora bien, todo modo de vida debe tener un modelo. El modelo tolstoyano es Cristo, pero no el Cristo paulino, sino el Cristo del Sermón de la Montaña. Ser un hijo de Dios, haber sido bendecido por Él, es ser alguien que, a fuerza de ensayos y errores, se aproxima cada vez más al ideal encarnado en Cristo. De lo que se trata, por lo tanto, es de **imitarlo**. Es función de la religión inducirnos a ello, porque es en ese esfuerzo por ser como Él que encontraremos el Reino de Dios. Entendámoslo de una vez por todas: el Paraíso no está en el firmamento, sino en el corazón del hombre caritativo,

piadoso, solidario, no perdido en el infierno del egoísmo, la soberbia, las veleidades de la vida social, la superficialidad espiritual. Es esto último y no otra cosa el infierno. La degradación de la religión (o, en terminología de Mircea Eliade, el abandono de la religión pre-axial) consistió en convertirla en algo meramente charlado, en la monótona repetición de versos incomprensibles, en la producción de absurdos lógicos y epistémicos, como la idea de vida de ultra-tumba, de un mundo en el Más Allá, de vida mental descorporeizada, etc. Con Tolstoy, en cambio, se nos abre de nuevo la posibilidad de recuperar la religión para hacer de ella un instrumento al servicio de la vida. El objetivo de la religión es vivirla, practicarla. El contraste entre el religioso verbal y el religioso práctico es similar al de dos personas que estuvieran interesadas en la natación y una de las cuales se supiera de memoria la historia de las competencias, conociera teóricamente todas las técnicas, supiera calcular perfectamente bien las velocidades de los clavados, las alturas, los peligros a los que están expuestos los nadadores, etc., pero que nunca hubiera puesto un pie en una alberca, en tanto que la otra persona no supiera mucho de historia y teoría de la natación, pero la practicara cotidianamente. ¿De quien diríamos que realmente disfruta la natación?

Parte de la importancia de la religión tolstoyana consiste en que está intrínsecamente asociada con el amor al semejante, al ser humano de carne y hueso que padece, lucha y se esfuerza todos los días, al hombrecito que a muchos les parece despreciable, pero sin el cual no podrían llevar la vida que llevan. Tolstoy se rehusa a hablar de “amor universal”, esto es, de un amor dirigido a quién sabe qué clase de ente-lequia. El amor es algo que se da y, por lo tanto, es algo que tiene que manifestarse “en concreto”, algo (si se quiere) corpóreo. Los cuentos que aquí ofrecemos lo ponen de manifiesto. Y, aunque no expresado de esta manera, una de las moralejas importantes del mensaje de Tolstoy es que es precisamente en la actitud y prácticas amorosas, en la ayuda y el consuelo al otro, pero al otro con quien de hecho se puede hablar, conversar, a quien le podemos estrechar la mano, que surge y brilla el verdadero sentido de la vida, la única opción de vida que habrá de dejarnos tranquilos en el momento supremo del fin del mundo, porque nos hará entender que no vivimos por pueriles motivaciones egoístas, que no a final de cuentas por insignificantes ambiciones personales le dimos la espalda, materialmente y en el pensamiento, a la gente, a nuestros semejantes. En este sentido, la religión de Tolstoy, como la de San Agustín, es exigente en grado sumo. Lo que tenemos que entender es que genuino amor y renunciación son inseparables y a Dios, claro está, no se le puede engañar.

Una gran intuición de Tolstoy en relación con la vida religiosa es haber entendido que las situaciones religiosas sólo se pueden gestar gracias al empleo del lenguaje religioso y que el lenguaje religioso sólo puede operar por medio de analogías, símiles, metáforas, juegos de palabras, parábolas. Tolstoy pertenece a esa

rara pero inspirada clase de pensadores que rechazan el discurso religioso con pretensiones de científicidad y de verdad. ‘Verdad’ en religión significa otra cosa que ‘verdad’ en ciencia. Es para expresar sentimientos especiales, como los de gratitud por fenómenos tan naturales como el nacimiento de un hijo o la angustia por la muerte de un ser querido, el arrepentimiento total por una acción indigna que quisiéramos a toda costa borrar, la alegría por haberle hecho a alguien un bien sin que nadie lo sepa, es para todo eso y más que requerimos el lenguaje religioso. Es para eso que necesitamos hablar de Dios, porque además nuestra gramática nos obliga a ello. No podemos decir ‘Vida, te agradezco que mi hijo haya nacido bien!’, pero sí tiene sentido decir ‘Dios mío, gracias por haberme dado un niño sano!’. La postración ante Dios es el reconocimiento de que las emociones y los sentimientos supremos tienen que ver con nuestra interacción con los demás, en su favor, y con la conciencia de que mientras más nos cuesten más intensos y genuinos serán. La vida del conde Tolstoy, quien terminó haciendo sus zapatos él mismo, es una prueba palpable de que el progreso espiritual es posible y de que, en verdad, sólo un cegado por el Demonio podría darse el lujo de desdeñar.